



ERENDIPIA®

Año II, No. 15, Marzo-Abril 2010. Ejemplar Gratuito.

arte

LAS ARTES y el silencio

LAS ARTES Y EL SILENCIO

Mtro. Ignacio Salazar Arroyo

A cada paso, los sonidos nos envuelven, es casi imposible vivir sin ruidos. Extraños algunos, otros familiares, pero finalmente envueltos en remolinos de sonidos sin control que no cesan durante el día y sólo se van deteniendo hasta que empezamos a dormir.

Hay una extraña atracción por el sonido debida, en parte, a que cada pensamiento termina con el silencio y da paso al ruido mental. Los sonidos de la mente son los pensamientos, los cuales caen como gotas de lluvia en un estanque

sereno; instantes en que podemos callar al mundo circundante creando pequeñas ondas con cada gota-pensamiento y así, iniciar una serie larga y compleja de rupturas del silencio primordial hasta llegar al ruido exterior.

Saber que existe el silencio es un alivio, pero habitar por momentos en su dimensión es un gran gozo. La quietud de este reposo nos permite percibir, en nuestro interior, el sonido del cosmos apenas bosquejado en esos breves instantes cuando callamos; ahí inicia el tobogán hacia el interior, la ruta que lleva a la serenidad.

Sentir la quietud de la naturaleza a través de la contemplación de sus sonidos, nos permite alcanzar la permanencia transitoria con el sentido de unidad con el todo. En las infinitas sonoridades de la naturaleza, hayamos desde la sutileza del

aire al atravesar los pastos o las piedras, hasta los poderosos tránsitos de los tornados y huracanes. El aire, al volverse viento, organiza los silencios modulados que rugen desde la máxima intensidad, hasta la delicada percepción del roce con la piel. Ryo Nan, una monja budista del siglo XIX, escribió: “Prestad oído a las voces de los pinos y de los cedros cuando se calle el viento”.

Vale todo al luchar por el silencio. Estar concientes de sus dimensiones puede aliviar cualquier desdicha, sólo hay que esforzarse por suprimir todo pensamiento, idea, concepto o propósito para morar en la plenitud de la serenidad mental, ahí reside el silencio pleno.

¿Qué compleja cadena de miedos nos ata a los infinitos ruidos que nos envuelven y mantienen atrapados a cada momento?, ¿por qué compramos

cualquier diálogo? Con el más inoportuno desconocido, aceptamos la entrega al parloteo, exponemos lo que pensamos y tratamos de persuadir a quienes nos rodean de la brillantez de nuestras ideas o de lo que nos acontece creyendo que somos escuchados.

Un entorno silencioso provoca emociones cercanas al temor, hay una incomodidad que tensa los momentos en los que se presenta el silencio. Se habla de rudeza y hasta de ofensa al estar con otra persona y no hablarle; se dice: “se hizo un silencio”, que quiere decir que se presentó un momento desagradable... Bien sabemos que no se tiene que ver esta oportunidad como un episodio de inquietud o desagrado, sólo hemos callado y no hay ofensa.

En una reciente oportunidad, tuve la

fortuna de acompañar a mi querido maestro en una de sus prolongadas estancias en el desierto. Se encontraba dibujando los parajes que circundan el área de los desiertos que lindan con los mares de la península de Baja California Sur. El primer amanecer me preguntó: “¿A qué has venido?” Respondí que sólo a estar en ese entorno. Me dijo: “Vienes a disfrutar del bendito silencio”. “No”, respondí. Dio la vuelta y se enfiló hacia las lomas de la montaña. Durante días muy poco hablamos, sin embargo, pocas veces en mi vida como pintor he tenido la oportunidad de aprender tanto con un maestro a través del silencio; su sola presencia y todas sus artísticas acciones me ayudarán a transitar en cada momento de creación, en lo que me queda de vida.

No es necesario acudir al desierto o a las

montañas para encontrarnos con el silencio. El logro trascendente es poder callar, aunque sea por breves instantes, a la mente inquieta y ruidosa, serenarla; sólo así podemos fortalecerla para que se vuelva atenta y receptiva, flexible y retentiva, pero sobre todo conciente ante los hechos y acciones que debemos realizar a cada instante.

Las artes necesitan de diferentes niveles de silencio. En un principio, la visualización de lo que va a configurarse como un objeto se da en un lapso de tiempo, en el que van emergiendo algunas imágenes mentales que se empiezan a ensamblar con un cierto parecido a un palimpsesto; es decir, hay una serie de brumosas ideas que prefiguran a la obra artística.

En este nivel hay un enfoque de la mente sobre este preboceto. Hay huecos que figuran

espacios vacíos que se van a ir llenando sólo a través de la práctica artística y en el quehacer de cada disciplina. Dichos huecos son silencios sutiles y nos podríamos atrever a llamarlos dudas, los cuales se van disipando por medio de la acción, acierto y corrección. Así, tendríamos una primera aproximación al silencio que anticipa a la creación. Su importancia es relevante, porque antecede a la concentración.

Todo objeto, hecho o acción en las artes es producto de diferentes niveles de concentración. De hecho, el binomio silencio-concentración tiene el poder de penetrar en ciertas fases creativas que llegan a producir importantes conjuntos de obras, las cuales vienen a significar una etapa muy importante en la vida de un creador. La intensidad de una pintura y su importancia tuvieron como

aliados al silencio y la concentración.

La pintura es el arte del silencio. Requiere de un entorno que sea amable con la posibilidad de poner en juego un variado número de procesos que se van sincopando, a diferentes velocidades, en un proceso complejo en el que se van sobreponiendo diferentes acciones y decisiones para la construcción de la obra bidimensional.

Tal vez, una de las dificultades que presenta la enseñanza y la práctica de la pintura en estas épocas sean los torbellinos de pensamientos que, aunados a las variadas percepciones simultáneas, provocan inquietud y hacen imposible iniciar una sesión continua de trabajo. El ruido genera desajustes y errores que van desarmando la pintura y obligando a volver, una y otra vez, a correcciones produciendo desconcentración... tal

vez, desánimo o desesperación.

Este ruido no existe sólo fuera de nuestra percepción, de hecho, la esencia de esta reflexión no gira en torno al mundo de sonoridades que se pueden alternar con algunos actos creativos; es el ruido mental el que va disolviendo y deformando al ámbito del silencio y la concentración, lo que podríamos considerar como una difícil situación, en donde la creación camina con torpeza o se detiene en el vacío creativo.

Otra dimensión derivada del silencio y la concentración es la atención. La plenitud, que significa estar atentos a cada una de nuestras acciones, nos conduce a estar concientes ante cada momento de la vida. La creación en las artes, las ciencias y las humanidades es producto de las diferentes capacidades para poder transitar en

estos valiosos atributos, para poder trascender nuestras limitaciones.

Ahora necesitamos callar el ensordecedor ruido que nos invade en cada espacio de nuestro entorno, sólo necesitamos unos minutos en los que no hablemos, no oigamos música, ni circulen por nuestra mente pensamientos, unos minutos... Dos o tres son suficientes para entrar en un maravilloso mundo que nos es propio desde el vientre materno, donde podemos tener acceso a la infinita dimensión de la serenidad; para esto, sólo necesitamos llamar al silencio... al sencillo silencio.

Mtro. Ignacio Salazar Arroyo
Director de la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la
Universidad Nacional Autónoma de México.